

# Las Flores del Sakura(Saga de las flores I)

Ir7E BL



# Capítulo 1

## Prólogo

Dicen que el amor es algo extraño. Capaz de cambiarlo todo y cambiar el cristal con el que se miran las cosas.

Corría el año 1941. Todo el mundo se hallaba en un conflicto bélico conocido como la 2ª Guerra mundial. Las potencias del eje peleaban contra los aliados.

Pero en medio de este conflicto que se llevó millones de personas surgió un brote que implicaría la vida.

El brote de un amor que sería capaz de poner amor donde solo había odio. Un amor que floreció como la flor del sakura.

## 1ª Batalla.

Julio de 1941. Indochina. Frente del eje.

Después de hacernos con el territorio el año anterior, teníamos que estar pendientes de los puestos de guardia ante las posibles invasiones de los aliados.

En Europa, nosotros intentábamos hacernos con el control de Egipto, cosa que seguro lograríamos.

Yo me encontraba en mi turno de noche en el puesto de guardia.

-Toshio-me llamó mi compañero.

-Sí, Rui-me giré.

-El general te llama.

-Ahora voy.

Me dirigí hacia el puesto de guardia que se hallaba un poco más adelante. Bajé por las escaleras y me encontré justo frente de la tienda del general, entré.

-Hola, hijo mío-me saludó el general.

Ante mí estaba Riki Yamamoto, mi padre, y el 3taisa del frente aéreo.

Era un hombre de mediana edad, rondando la cincuentena.

Era fuerte como su propio nombre indicaba, ancho de hombros y espalda, como un armario. El hecho de no ser muy alto le aportaba más el cariz del mueble.

Llevaba el uniforme del ejército con algunos galones y medallas que había ganado.

-Sentimos avisarlo de repente, chūi Yamamoto.

-No se preocupe, estaba estudiando el terreno, mirando que esos perros de los aliados no vinieran.

-Hemos organizado esta reunión para un posible ataque a los Estados Unidos. Según nuestros informadores, los americanos están prestando su ayuda a los aliados.

-Sí, está en lo correcto, taii5 Takahashi. Deberíamos darles un escarmiento a esos cerdos americanos.

Este hombre tenía la misma edad que mi padre y era conocido por ser increíblemente cruel y sádico. Cuando cogíamos prisioneros, cosa que era extraña, este hombre disfrutaba torturándolo hasta que pedían con su último aliento la muerte.

Al último que se lo hicieron creo que era francés. Lo desolló vivo. Y esa tortura no fue suficiente. Después de sumergirlo en una bañera de vinagre y aceite, dejó que se desangrara vivo y se lo comieran los chacales mientras respiraba; Era llamado el carnicero de Osaka.

La verdad es que esta clase de cosas a mí no me daban asco como a otros soldados. Estaba acostumbrado a ese tipo de cosas, ya que llevaba toda mi vida entre trincheras y campos de entrenamiento.

-Esto debemos planearlo con cuidado. Esos animales pueden tener espías en cualquier lado.-repuso el chūjō6 Nakamura.

Este hombre era mayor que mi padre. Llevaba una amplia experiencia militar a sus espaldas. Empezó muy joven en el ejército. En Okinawa había dejado a su esposa con dos hijas; Una de veinte y otra de diecisiete.

Era un gran estratega y con un gran sentido de la sensatez.

De repente, en la sala se armó un gran revuelo. Unos estaba a favor de un rápido ataque a EEUU, otros decían de esperar a tener más información que nos aportara el espía y otros directamente decían que deberíamos vigilar bien el territorio, nunca sabíamos cuándo nos podría pillar una ofensa aliada.

Sin que se dieran cuenta, me escabullí hacia mi habitación. Abrí mi cómoda y saqué una foto de ella.

Era la única foto que tenía de mi madre. Una antigua enfermera italiana que había conocido a mi padre por casualidad veintiséis años atrás.

Me dio a luz y estuve con ella los ocho años, los cuales fueron los más felices de mi vida. Después de esto, mi padre me llevó y me metió en una escuela militar.

Desde entonces no sé nada de ella. No sé si está viva o muerta. Aunque poco me importa, yo mejor que nadie sé que un día de estos recibiré un tiro en la cabeza. Es a lo que estamos condenados los que peleamos en esta guerra. Nuestro futuro es incierto, mueren personas cada día en las trincheras y otro tanto vuelven mutilados a sus países. Estamos solos ante el enemigo, en la mayoría de los casos es mejor no hacer amigos porque puede que al día siguiente mueran ante tus ojos.

Deposité la foto en la cómoda y me tendí en la cama.

1ª Cura.

Julio de 1941. Londres. Frente aliado.

Nos encontrábamos en Londres y habíamos creado un rudimentario hospital en un antiguo campo de fútbol. Los heridos seguían llegando.

-iRosemarie! ¡Ven aquí!-me llamó la voz de la enfermera jefe.

Yo corrí rápidamente hacia su voz.

-Necesito que le cosas a este hombre la herida de bayoneta.

Yo obedecí lo que mi superior me ordeno. Esterilicé la aguja.

-iAgnes! ¡Heidi! ¡Necesito que lo inmovilicéis!-enseguida mis compañeras estaban sujetando al hombre contra la cama. Y yo empecé a coserle la herida que le ocupaba todo el abdomen. El hombre se movía del dolor que le ocasionaba la aguja entrando y saliendo.- ¡Sujetadlo con más fuerza!- mis compañeras presionaron con más fuerza al hombre. Yo terminé de

coserle la herida rápidamente.-Ponedle el vendaje, tengo que extraer una bala y parar una hemorragia.

Me apresuré a la otra parte del hospital.

En una cama había un hombre tirado con una bala en su hombro y no paraba de sangrar. El hombre se encontraba muy débil, había perdido demasiada sangre.

Con un movimiento rápido y preciso extraje la bala de su hombro, le cosí la herida y le vendé el brazo.

Los heridos seguían llegando y nos veíamos sin capacidad para satisfacer la demanda. Cada una de nosotras tenía que trabajar dos veces más rápido para atender a todos los niños, mujeres y hombres que había en el hospital.

A lo lejos se escuchó un disparo. Después, un grito. Otro había caído.

2ª Batalla.

Bando del eje

Al día siguiente, se me dio la noticia de que los altos cargos habían decidido que nos preparáramos a conciencia y en diciembre atacáramos la base de Pearl Harbour.

En nuestro ejército se había creado un escuadrón conocido como los Kamikazes, no estaba muy seguro de qué se trataba, pero por lo que había oído eran unos pilotos suicidas. También oí que habían cogido soldados al azar del país y los habían obligado a servir en este escuadrón.

Al final, solamente constituían un grupo de idiotas manejando unos aviones con el único fin de estrellarse. Los observé por la ventana.

-Al menos si mueren por el país, morirían con honor- los seguí mirando.

-Chūi- me llamó una voz a mis espaldas y yo me giré.

-¿Qué quieres?

-El taisa lo llama.

-Entendido.

Atravesé el pasillo hasta la habitación de mi padre y entré.

Mi padre se encontraba envuelto en una toalla con el pelo mojado.

En su espalda se apreciaban numerosas cicatrices de las grandes batallas en las que luchó.

Yo, en mis nueve años de combate en el frente y los anteriores en la academia, no había recibido ni una herida; mi cuerpo musculoso y torneado se encontraba libre de cicatrices. Entre todas las de mi padre destacaba una más clara y profunda, atravesándole el hombro derecho: esa era la cicatriz por la que conoció a mi madre, ella se la trató.

Mi padre se volvió.

-Toshio, viniste.

-Hola padre- le hice una reverencia.

-Te traigo algo para que te diviertas. Traedla -le ordenó a los soldados.

Ante mí arrojaron a una muchacha de cabellos rubios.

-Te traigo a esta preciosa prisionera para que te diviertas -le alzó la cara.

-No me interesan estas mujeres -saqué mi revólver, le apunté a la cabeza y disparé. Su cuerpo cayó inmóvil-Llevaos el cuerpo -ordené.

-Tan exigente como siempre -dijo uno de los soldados.

-Controla tu lengua o serás el siguiente.

-A la orden.

Rápidamente los dos soldados que habían traído a la muchacha se la llevaron muerta.

-Esto lo haces por lo que le pasó a tu madre.

-Mi madre no tiene nada que ver y evite meterla en cada cosa que hago. Si no quiere nada más, me retiro -me dirigí hacia la puerta.

-Toshio. Entrena duro.

-Eso es algo que siempre hago, padre -hice una reverencia y salí por la

puerta.

2ª Cura.

Bando aliado.

Al día siguiente, me dirigí apresurada al hospital junto a mi padre.

Mi padre era un doctor conocido, su nombre, era Marcel Junod. Era un renombrado médico que estuvo en cabeza de una gran acción humanitaria en África y ahora en el frente.

Yo quise seguir sus pasos y estudiar para ayudar a los otros. Mi hermana pequeña no entendía por qué mi padre y yo poníamos tanto ímpetu en nuestro trabajo.

Yo acababa de cumplir los veintitrés hace dos días y mi hermana pequeña con veinte ya tenía casi terminada su carrera. Ella, al contrario que yo, quería ser maestra. Prefería algo más tranquilo que estar todo el día arriba y abajo curando a los enfermos.

Mi madre siempre estaba preocupada por los continuos viajes que realizábamos mi padre y yo.

Una vez en el hospital, nos indicaron que fuéramos al despacho del director.

-He de deciros que seréis derivados a Nagasaki.

El director era un hombre de rostro enjuto y estrecho de hombros. Llevaba una bata blanca y unos zapatos negros.

-¡Japón! -dije sorprendida.

-Necesitan ayuda en el hospital de Nagasaki, ya que allí están llevando a muchos heridos.

-¿Por qué nos han elegido a nosotros?

-Son los más cualificados que conozco. Hoy será vuestro último día aquí. Pueden volver al trabajo.

Mi padre y yo nos miramos y nos dirigimos hacia la sala en la que

atendían a los enfermos.

Estuve todo el día trabajando para olvidarme de lo próximo a lo que me enfrentaría.

-Terminamos -suspiré aliviada.

-¿Es cierto que te vas? -me preguntó Agnes.

-Sí, me han derivado a Nagasaki.

-¡Japón!-gritó Heidi sorprendida.

-No queremos que te vayas -me abrazó Agnes.

-Lo mismo digo -dijo Heidi.

-Toma - Marie me tendió un regalo.

-¿Qué es?-mire extrañada el paquete.

-Ábrelo- sonrió Sonia.

Abrí el regalo que se encontraba envuelto en papel blanco y con un lazo azul.

El presente consistía en tres detalles: el primero era una foto de mi familia y yo, otros eran marcos con fotografías cuando me gradué en la facultad de enfermería y el último un retrato en el que salía yo con las chicas que habían sido mis compañeras de fatigas en todo este tiempo.

Cuando llegamos a casa, mi madre y mi hermana corrieron hacia nuestros brazos preocupadas.

-No queremos que os envíen a Japón- nos abrazó fuerte mi madre.

-Tened cuidado- nos dijo mi hermana.

Mi hermana y yo nos pasamos toda la noche viendo fotos viejas y pelis de cine antiguas. Nos quedamos dormidas al caer el alba.

Y a las dos horas siguientes mi padre nos avisó.

Ese día partíamos a Nagasaki.

3ª Batalla.

Bando del eje.

Empezamos las maniobras aéreas y terrestres.

Yo, debido a mi posición, me tocaba enseñar a los nuevos reclutas las características de los aviones, su manejo absoluto: cómo lanzar los misiles, los controles...

La verdad es que los nuevos reclutas eran increíblemente idiotas, se asustaban ante cualquier cosa. Había uno incluso que el solo sonido del disparo le asustaba. Odiaba a los nuevos reclutas.

Había venido gente de toda Asia. Nuestro lema "Asia para los asiáticos" tuvo más éxito del esperado.

De todos ellos me llamó la atención uno llamado Kim Jeon, creo que era coreano. Este joven no se asustaba ante nada y no le importaba matar a sangre fría, le auguraba un buen futuro en el ejército.

Estuvimos los siguientes meses entrenando y el siete de diciembre volamos a Pearl Harbour. Este sería el fin de esos asquerosos americanos que creen que tienen el control del mundo cuando lo único que hacen es pudrirlo más.

3ª Cura.

20 de Julio. Nagasaki, Japón. Bando aliado.

Mi padre y yo acabamos de llegar a la ciudad de Nagasaki y nos encontrábamos escoltados por una gran presencia militar.

La gente, nada más vernos, nos miraban por encima del hombro. ¿Porque éramos médicos? ¿O porque veníamos de Inglaterra? ¿O porque simplemente éramos occidentales?

Por el camino vimos algunos sitios destruidos por la guerra, pero hubo algo que me llamó la atención y me llenó de tristeza a la vez. Un niño se encontraba sentado entre los restos de una parte de la ciudad, no sé si

por un bombardero o simplemente por las batallas que a diario se encontraban. El niño estaba con la cara entre las manos, seguramente llorando. Sin pensarlo, me acerque a él.

-¿Qué ha ocurrido?

El niño alzó la cabeza y me miró con sus ojitos vidriosos. Me dijo algo en una lengua que no entendía, parecía ruso o algo parecido. Después me habló en otro idioma que ya entendí.

-Mis... padres... están... muertos. Los aliados los mataron -rompió a llorar.

-Tranquilo- lo abracé. Estuve un rato consolándolo.

El pobre niño tenía los ojos, el pelo y la piel claros. Su rostro se veía demacrado y él parecía débil, tan frágil como un cristal a punto de romperse.

-Ven conmigo- lo aparté.

-¿Por qué?- se secó las lágrimas.

-A partir de ahora yo cuidaré de ti.

-Gracias, señorita- me abrazó.

-Vamos- nos dirigimos hacia la comitiva que llevaba hasta el hospital.

Por el camino el niño no dijo nada, no respondía a las preguntas, no se separaba de mí. Incluso ignoró las preguntas de mi padre.

-¿Estás segura?- me indicó mi padre mirando al niño.

-No puedo dejarlo solo. No tiene familia.

-¿Cómo te llamas?

-Alek- dijo el niño entrecortado- Alek Petrov.

-¿Qué ocurrió, Alek?

El niño hundió su cabeza en mi pecho haciendo que se detuviera la comitiva.

-Los aliados los mataron. Ahora estoy solo -sollozaba.

-Tranquilo- le alcé la cara-. Yo me quedaré contigo.

Él asintió con la cabeza y seguimos caminado hasta que llegamos.

El hospital se hallaba en plena ciudad, era grande y acogedor.

Los encargados se sorprendieron ante la llegada de un niño conmigo.

-¿Es su hijo?

-Yo creía que no estaba casada- dijo otra.

-No lo estoy, encontré a este niño. Solo, sin nadie, y decidí hacerme cargo de él.

Las enfermeras lo miraron. El niño tímido se escondió tras de mí.

-Tengo entendido que su padre murieron a manos de los aliados.

-Sí, fue hace dos días. Un bombardero lanzó una bomba a un barrio residencial. Todos murieron salvo este niño.

Miré al pobre niño a punto de llorar. Pobrecito. Tan joven y teniendo que pasar por esto.

-Yo me haré cargo de él- lo puse delante de mí-. Seré como una madre para él, no pienso dejarlo solo.

-Está bien- me dijeron las enfermeras.

-Bueno, esto nos llevó mucho tiempo. Diré qué parte te corresponde. Tu padre se encargará de atender a los heridos del bando aliado y tú a las potencias del eje- me informó el director.

Me quedé sorprendida. El eje. Es decir, italianos, alemanes y japoneses. Por primera vez atendería al bando contrario.

-Sígame- una voz femenina me sacó de mis pensamientos. Alek me agarró de la mano y seguí a la mujer por los pasillos. Me condujo hacia una amplia estancia donde en camillas, algunas muy rudimentarias, se agolpaban los heridos.

Me dirigí hacia el primer herido y lo atendí.

Los siguientes días, meses, constituyeron una rutina para mí. Cuidaba de los heridos y luego cuando volvía enseñaba a mi hijo a leer y a escribir inglés y alemán. Y mientras él estudiaba, yo aprendía japonés y leía

novelas.

No sabía que a principios de diciembre todo mi mundo cambiaría de golpe.

4ª Batalla: Pearl Harbor.

Bando del eje.

Antes del combate, dispusieron el orden de batalla.

El primer ataque sería llevado a cabo ciento ochenta y tres aeronaves que partieron desde el norte de Oahu, lideradas por el comandante Mitsuo Fuchida.

Nuestra flota comprendía:

Un primer grupo cuyo objetivo era la destrucción de los acorazados y portaaviones. Estaba constituido por cincuenta bombarderos Nakajima B5N armados con bombas perforantes de 800 kg, organizados en cuatro secciones; y cuarenta bombarderos B5N armados con torpedos Tipo 91, también en cuatro secciones.

Un segundo grupo, cuyos objetivos eran la isla Ford y aeródromo Wheeler. Estaba formado por cincuenta bombarderos en picado (Aichi D3A) armados con bombas de 249 kg.

Y, finalmente, un tercer grupo cuyo objetivo eran las aeronaves de la isla Ford, aeródromos Hickam y Wheeler, Barber's Point y Kaneohe. El grupo disponía de cuarenta y cinco cazas Mitsubishi A6M para control aéreo y ametrallamiento.

Con esto destrozábamos a esos "cerdos americanos". Esto les pasaba por haber provocado el embargo sobre nuestro país; aunque algunos de nuestros altos mandos admiraban a esa nación, cosa que yo no entendía.

Yo iba en la primera oleada, al frente de un pequeño grupo pilotando un Mitsubishi A6M.

Pasada las doce de la noche, ya nos hallábamos sobre Pearl Harbor.

Sin mediar palabra, apreté el botón y dejé caer la carga sobre los barcos

que se encontraban anclados en el puerto.

Todo estalló y voló por los aires.

Los primeros ya habían caído.

Sonreí y seguí con el plan asignado.

Hicimos cuatro ataques separados y fuimos tras los buques que saltaron por los aires. Los muy idiotas de los americanos habían dispuesto toda su armada de forma lineal y ordenada como invitándonos a destrozar todo lo que poseían.

Estaba disfrutando al ver desintegrarse armamento y personas por todos lados. En un momento, acerqué el avión un poco más a tierra y empecé a disparar las ametralladoras colocadas en la parte superior. Veía cómo algunos de esos perros corrían por su vida y yo los derribaba de un tiro. La guerra a veces era realmente divertida.

Una sonrisa macabra iluminaba mi rostro.

Estaba demasiado ocupado en matar a esos animales que no me fijé en que uno de esos cerdos disparó al ala derecha de mi avión.

Intenté apartarme del campo de batalla. Lo último que vi fue mi caza estrellándose. Después de eso no hubo más que oscuridad.

4ª Cura: Pearl Harbor.

Bando aliado.

De madrugada nos llamaron a casa. Yo estaba durmiendo con Alek.

Y a las tres o cuatro de la mañana el teléfono de la casa sonó.

Mi padre rápidamente lo descolgó:

-Diga- respondió.

Escuché palabras entrecortadas: Japón, accidente, ataque...

Rápidamente colgó.

Estábamos en el quicio de la puerta.

-¿Qué ocurre, papá?

-Los japoneses atacaron la base de Pearl Harbor. Tenemos que ir a atender a los heridos.

-Alek, quédate aquí- le dije.

-No, yo me voy contigo.

-Necesitas descansar para ir mañana a la escuela.

-Yo voy contigo- dijo Alek.

Yo miré a mi padre sin saber qué hacer.

-Déjalo que venga.

-Vístete. Ahora voy yo.

Alek se dirigió hacia el cuarto.

-¿Cuántos han muerto?

-Más de 2000 muertos. La mayoría son americanos. También hay una gran cantidad de heridos.

- EEUU entrará en la guerra e irá contra Japón.

-Eso es algo que se veía venir.

-Ya estoy- salió Alek por la puerta.

-Quédate aquí.

Entré en mi habitación y me puse mi uniforme. Después de esto, fuimos directos al hospital.

Nada más llegar, vimos cómo entraban y salían una gran cantidad de camillas.

Un soldado me llamó la atención. Era joven y se encontraba desmayado, con la ropa hecha jirones; pero pude ver que en su uniforme había dos estrellas. Tenía numerosas heridas.

-¿Este chico está vivo?- pregunté.

-Compruébalo- me dijo una enfermera mientras atendía a otro herido.

Me aparté el pelo y acerqué mi oído a sus labios y nariz. Noté que respiraba.

-Está vivo- dije.

Observé al muchacho, tenía el brazo izquierdo y la pierna derecha en la posición contraria a la que le correspondía, lo que indicaba que ambos estaban rotos.

Numerosos cortes en la cara, brazos, piernas y una gran herida en el abdomen de la que emanaba una gran cantidad de sangre.

Sin pensarlo, le abrí la chaqueta del uniforme y rompí la camiseta que tenía debajo más de lo que ya estaba.

La herida del abdomen parecía profunda. Esterilicé una aguja y empecé a coserla. Le terminé de quitar la chaqueta y empecé a curarle las heridas de los brazos. Me llamó la atención que en el brazo derecho tenía una frase en japonés en alambre de espino: "Morir con honor" sería traducido a mi idioma.

El chico parecía tener unos veintitantos. Era musculoso y alto. La poca cantidad que tenía de pelo de un color negro azabache caía desordenado por su cara, debajo del casco. Sus gafas se encontraban rotas por el cristal izquierdo y quebradas por el derecho. Se las quité, y también el casco. Una vez, limpia su cara empecé a tratarle los cortes superficiales que tenía: uno atravesando la mejilla derecha, otro la ceja izquierda y también en una parte del labio.

A pesar de estar herido e inconsciente, el rostro del soldado era bastante atractivo. Tenía una expresión dulce que se asemeja a la de un niño dormido.

Observé que le costaba respirar. Eso era mala señal, quizá se había provocado un neumotórax o se había roto las costillas. No creo que ambas.

Llamé a un médico.

El doctor estuvo un rato examinándolo hasta que, pasado un rato, me dio su análisis.

-El paciente tiene la pierna derecha y el brazo izquierdo, además de tres

costilla, rotos y un neumotórax.

-El diagnóstico es peor de lo que pensé- dije.

-Ahora te tendrás que hacer cargo de él.

-¿Qué? ¡Tengo más heridos!

-Este muchacho es del eje, por lo que es tu responsabilidad.

-Pero no es el único.

-Encárgate de él y de los demás si te da tiempo.

-Está bien.

Le coloqué con ayuda de otros médicos la pierna y el brazo en su sitio. Y después le puse unos vendajes para mantenerla en su posición.

Con una jeringa el saqué el aire sobrante de los pulmones y le vendé las costillas, al igual que la herida del abdomen. Y le puse tiritas en los cortes y apósitos en las heridas más grandes.

Durante los siguientes meses, mi rutina consistió en encargarme de los cuidados y mejoras del soldado japonés. Él seguía inconsciente y yo a veces le hablaba para animarlo en su recuperación y despertará más rápido.

Tres meses después. Durante la fiesta del Hanami<sup>7</sup>, abrió los ojos.

1ª Flor.

No sé cuánto tiempo estuve sumido en la oscuridad. La última imagen que recuerdo es mi caza estrellándose.

En ese mundo de sombras, veía las caras de todos a los que maté, del primero al último; cada mujer, cada niño, cada hombre... Todo en el nombre de mi país que ahora era una realidad difuminada. La verdad era que esos rostros no me asustaban; hace mucho que me quitaron el miedo, pero sí me daban lástima.

Lo único que oía en esa oscuridad era una voz dulce y amable que me animaba a veces en un intento de japonés, otras en el lenguaje yanqui que parecía su lengua materna y, a veces, en el lenguaje de Hitler.

Esa voz me llegó donde quiera que estuviera y me impulsaba a despertar. Y eso hice.

Lo primero que vi al despertar fueron unos profundos ojos azules que me miraban sorprendidos y alegres a la vez. Su pelo de color castaño estaba recogido en una cola que caía como una cascada apoyada en el lado derecho de su cabeza. En la cabeza llevaba una férula de enfermera y ataviaba el típico uniforme: un largo vestido de color azul y encima una especie de delantal que cubría todo el vestido en color blanco y en su brazo derecho un brazalete blanco con una cruz en rojo.

-¡Se despertó!- gritó en un japonés con gran acento.

-¿En serio?- de repente se armó un gran revuelo alrededor de mí.

-¡Qué guapo es!- dijo una.

-¡Qué color de ojos tan raro!- dijo otra.

Yo ignoré el revuelo que se montó a mí alrededor y miré por la ventana. Los cerezos ya habían florecido.

2ª Flor.

El soldado japonés ya se había despertado, después de cuidarlo por tres meses.

Algo que me llamó la atención nada más abrir los ojos fue el color de estos. De un precioso color ámbar. Sus rasgos estaban a medio camino entre los rasgos asiáticos y los occidentales. Seguramente alguno de sus padres era occidental.

Desde que abrió los ojos no paraba de mirar por la ventana. Y algunas veces me dirigía una mirada furtiva, como rehuyendo de la mía.

-Si quieres, puedes ir a ver los cerezos- le dije mientras cargaba unas vendas-. Escuché que a finales de marzo es cuando florecen los cerezos aquí.

-¿Vendrías conmigo?- me preguntó serio como una estatua.

A mí esta pregunta me sorprendió tanto que dejé caer las vendas. Él se

levantó y me ayudó a recogerlas.

-¡Qué torpe eres!- me reprimió una de mis compañeras, una mujer cuarentona con una espalda y hombros anchos y gorda. Además de poseer un fuerte sentido del deber que me exigió desde el momento en el que entré por la puerta.

-Lo siento, Rina- hice una reverencia.

-Deberías dejar de ser tan torpe y encima dejas que un paciente te ayude- se le notaba en la voz que estaba molesta.

-Lo siento- me disculpé de nuevo.

Me ignoró y se fue hacia el soldado.

-Siento que mi compañera le haya molestado- intentó coquetear con él, pero este la ignoró. No pude contener una risa que me salió casi imposible de oír.

Y no era la primera, la verdad es que desde que había abierto los ojos traía locas a todas las enfermeras que trabajaban allí. Él las ignoraba a todas y con la única que hablaba era conmigo. Esto ocasionaba envidia en mis compañeras que se peleaban para llevarle la comida o cambiarle los vendajes y tiritas.

Sus fracturas y heridas mejoraban, lo tendríamos un día o dos más en observación para ver cómo evolucionaba o si había complicaciones.

En un pequeño descanso para comer, sin que nadie se diera cuenta, salimos a ver los cerezos.

Lo cierto es que era una visión realmente hermosa: todos los árboles estaban floridos y el camino lleno de flores rosas que habían cambiado su color del marrón de la tierra hacia el rosa de las flores.

Salimos del hospital, comenzamos a caminar por esa alfombra de flores.

A los lados, debajo de los cerezos, había familias, empresas o simples grupos de amigos disfrutando del hanami.

-¿Cuál es tu nombre?-le pregunté curiosa.

-Toshio... Toshio Yamamoto- me respondió sin mirarme.

-¿Cuántos años tienes?

-Veintiséis- dijo sin apartar la vista del frente.

Cuando le hablaba no me miraba y encima me hablaba con el lenguaje formal. La verdad es que eso me molestaba bastante. Era, en mi opinión, frío y ese lenguaje muy distante, o quizás era que yo estaba acostumbrada a que la gente fuera más cercana.

Japón posee una moral más rígida y menos expresiva.

Sumida en mis pensamientos no me di cuenta de que algo se acercaba por el camino. De repente, Toshio me agarró por la cintura y me apartó del camino. Después de que pasara lo que fuera, seguía agarrándome.

En ese instante, un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba a abajo.

3ª Flor.

Después del paseo, volvimos al hospital, aun me encontraba inquieta por lo que acababa de pasar, todavía sentía el calor de los brazos de Toshio.

Ese chico llenos de misterios ejercía una poderosa atracción sobre mí, como dos imanes diferentes que buscan desesperadamente atraer a su contrario.

En el camino no dijo una palabra y yo lo miraba como idiota, hasta el punto de estar cerca de ser arrollada por bicicletas, camiones, coches etc., y él siempre me agarraba para apartarme del peligro, cosa que empeoraba mi atracción hacia ese misterioso soldado de ojos ámbar.

No hablaba mucho, pero por sus acciones podía adivinar que no quería que me pasara nada. Me sentía protegida y segura a su lado.

\*\*\*

Esto no iba bien, esta torpe enfermera me preocupaba demasiado. Cuando estaba a punto de ser arrollada yo acudía a salvarla, cosa que no hacía normalmente. Pero creo que lo hacía como una especie de pago por haberse encargado de mí mientras estaba convaleciente.

Pero no podía evitar sentirme fascinado y atraído por esa voz que me

había servido de luz en la oscuridad.

Escuché de una enfermera que esta chica que se llamaba Rosemarie era hija de un médico suizo y una escritora americana...

-Americana- fruncí el ceño. ¡Cuánto los odiaba a ellos y a todos los de su grupito! Esos bastardos intentaban tragar más de lo que podían y morirían ahogados como pavos.

-¿Cuándo te uniste al ejército japonés?- la voz de Rosemarie me sacó de mis pensamientos.

-A los dieciséis, después de estar ocho en una academia militar- respondí cortante.

-Entonces llevas mucho tiempo.

-Sí, gracias a mi experiencia ascendí a chui con veinte años- dije sin mirarla.

-¡Qué joven!- se sorprendió.

-Fui el más joven en conseguir ese cargo.

-¡Wow!- abrió la boca de la sorpresa.

-Tu madre es occidental, ¿no?

Le dirigí una mirada reprobatoria.

-Haces demasiadas preguntas- dije cortante y seguí caminado hasta dejarla atrás.

-¡Espérame!- empezó a correr para alcanzarme.

Antes de que me alcanzara ya había llegado al hospital y la mujer que la regañó antes nos miraba con el ceño fruncido y los brazos cruzados

4ª Flor.

Me habían pillado. Cuando llegamos nos encontramos a Rina con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

-¡No puedes sacar a los pacientes del hospital sin consentimiento!- me gritó.

-Pero... es que...Toshio...

-¡No hay pero que valgan! ¡Debo reportar esto a tu padre!

-Le ruego que la disculpe- hizo una reverencia-. Yo insistí en que me acompañara a ver el hanami.

-Bueno, porque eres tú- intento poner la cara y la voz más dulce que tenía-. Esta vez se lo dejaré pasar.

Yo puse los ojos en blanco. Era increíble la fascinación que ejercía Toshio sobre todas las mujeres del hospital, Rina incluida. Serías capaz de parar una cascada si se lo propusiera.

-¡Guooo! ¡Serías capaz de parar a un tigre furioso! ¡Choca esos cinco!-alcé la mano.

Él me ignoró y entró por la puerta del hospital.

Es normal que todas las chicas del hospital estuvieran como gatas en celo. Toshio era atractivo, poseía un aura misteriosa que nos hacía querer saber más. Gozaba de un físico fuerte y musculoso. Lo que más nos atraía, o quizás a mí, era esos preciosos ojos ámbar que tenía.

Ahora también conocía algo de él que mis compañeras jamás podrían soñar con conocer: esa aura protectora con la que me mostraba especial atención.

Esto no era bueno, estaba empezando a caer en las redes de ese apuesto soldado.

No era momento para esas cosas. Sacudí la cabeza y entré en el hospital.

5ª Flor.

Entré en el hospital apresurada y observé que Toshio se fue hacia su cama.

Yo no tenía tiempo para entretenerme y me centré en mi trabajo.

Estuve todo el día arriba y abajo, curando heridos, transportando medicamentos... Todo el tiempo sentí una mirada fija en mi espalda y vi

por el raballo del ojo que esta pertenecía a Toshio Cuando yo me giraba para mirarlo, él dirigía su mirada hacia la ventana o simplemente hacia un punto fijo que solo él veía.

Ya bien entrada la tarde, Alek salió del colegio y vino hacia el hospital.

-He conseguido la máxima nota- me abrazó sonriendo.

-Bien- lo miré y le di un beso en la frente-. Seguro que tus padres estarían muy orgullosos de ti.

-Seguro que si- dijo con una mirada sombría en los ojos.

Me dirigí hacia el otro extremo de la sala.

\*\*\*

-iTú!- llamé al niño que hace segundos estaba con Rosemarie

-iEstás despierto!- se sorprendió el niño.

-¿Qué relación tienes con ella?

El niño permaneció callado.

-Este pobre niño perdió a su familia en julio y Rosemarie lo vio solo y desamparado y decidió hacerse cargo de él- dijo una de las enfermeras.

-Los aliados, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza.

Yo, movido por un extraño sentimiento, le acaricie la cabeza al niño.

-Tranquilo, los destrozaremos- lo consolé.

No debí de hacer ese gesto porque a mí alrededor surgió un coro de voces femeninas que repetía "¡Qué mono!" "¡Qué dulce!" como un eco desagradable.

Adopté una cara de póker. Cogí un libro y apoyado en la almohada empecé a leer ignorando todo el jaleo que se había desatado a mi

alrededor.

6ª Flor.

-Toshio, tiéndete que voy a ver cómo tienes los pulmones.

Él me obedeció y se quitó la camiseta, provocando un revuelo a nuestro alrededor. Le puse el fonendoscopio en el pecho.

-Respira-le dije. Vi su pecho subía con la respiración-. Expira- vi cómo su pecho bajaba. Mientras yo escuchaba su respiración, observé por el rabillo del ojo que me miraba, como un cazador acechando su presa.

-Tienes mal puesta la cofia- de repente su cuerpo se alzaba y sus manos me colocaban bien la cofia. Con ese contacto, un escalofrío me recorrió de arriba a abajo, mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho. No podía dejar que esto me inundara y respondí con un seco gracias y me centré en mi trabajo mientras él miraba por la ventana.

Terminé de examinarlo.

-Éstas perfectamente- le comuniqué-. Mañana te daremos el alta- dije con un marcado tono profesional.

-Gracias por sus cuidados- hizo una reverencia.

-De nada. Ahora descansa.

Él me obedeció.

Empecé a caminar hacia los vestidores. Me encontraba aliviada. Por fin dejaría de sentir esa atracción por ese soldado del bando contrario, ya que no lo vería más; pero una parte de mí lamentaba su partida.

\*\*\*

Me desperté de madrugada. Por alguna extraña razón no podía conciliar el sueño, algo me obligó a despertar.

Me sentía aliviado porque ya no tendría que preocuparme por esa tonta enfermera nunca más. Mi deuda estaba saldada, o eso me decía a mí

mismo.

Empecé a escribir una carta en los albores del sueño. Cuando los primeros rayos de sol rallaron el alba, ya estaba escrita.

\*\*\*

Al día siguiente, Toshio partió puntual del hospital. Desde que se despertó había conseguido que Alek se abriera a él, quizás por el odio común de ambos a mi país. El soldado ayudaba a Alek con sus deberes y le ayudaba con el japonés. Era muy común verlos juntos, casi parecían padre e hijo y esta clase de escenas eran capaz de provocar una explosión de corazones en la clínica y hacer que la paciente o enfermera más insensible se muriera de ternura.

La ida de Toshio provocó una tristeza general en el personal femenino y una alegría colectiva en el masculino.

Cuando caía la noche, a punto de acabar mi turno, mi hijo vino con una carta y me la entregó. Me dijo que la había escrito Toshio. Yo la guardé en mi bolso y nos dirigimos a casa.

7ª Flor.

Alek y yo llegamos a casa rápido.

La carta que acaba de recibir me quemaba en el bolso y un calor asfixiante me invadía, estaba deseando acostar al niño para ver qué decía esa carta.

El niño creo que sospechaba algo porque nada más llegar se dirigía a la cama a dormir con la excusa de que tenía sueño. A veces me sorprendía la rapidez mental de mi hijo.

Después de acostarlo, me tumbé en el sillón y empecé a leer esa carta que tan nerviosa me ponía.

La carta estaba dentro de un sobre blanco. Lo alcé y miré a través de él esperando encontrar algo interesante, pero solo vi a contraluz un papel doblado.

En el dorso de la carta se encontraba escrito con perfecta caligrafía mi nombre: Rosemarie Junod y justo debajo un nombre que no lograba entender. Estaba escrito en kanji.

-¡Maldita sea!!-grité. Yo no entendía el kanji<sup>8</sup>, con un poco de suerte había conseguido aprender el hiragana<sup>9</sup>. El kanji para mí se antojaba demasiado difícil.

Abrí la carta desilusionada y le eché un ojo. Para mi sorpresa, se encontraba escrita en hiragana con la caligrafía clara y elegante del dorso del sobre. Decía así:

*Querida señorita Junod.*

*Siento no haberme despedido de usted.*

*Estoy agradecido por haberme cuidado todo este tiempo, pero mis obligaciones me llevaron a ir pronto al cuartel.*

*Sayonara*

Después, un espacio en blanco y luego un cambio en su registro contradiciendo todo lo dicho anteriormente.

*Rosemarie,*

*No puedo pegar ojo, no te saco de mi cabeza y no sé exactamente el motivo; pero, si no es mucha osadía, me pregunto si nos podríamos ver de nuevo.*

*La espero junto al cerezo que vimos juntos.*

Miré el papel para ver si había algo más y no había nada. Solo al final una firma escrita con trazos largos en la que se podía leer. Toshio.

Esto me pilló por sorpresa. Meditaría con la almohada y al día siguiente le haría llegar mi respuesta.

8ªFlor.

Al día siguiente me levanté temprano. Preparé todo y desperté a Alek para que fuera al colegio

-Cinco minutos más- susurraba medio dormido mientras se tapaba los ojos con la almohada para que no le diera la luz.

Mi hijo siguió un rato más dormitando y mi padre hacía un buen rato que había puesto rumbo hacia un viaje de negocios.

Deje a mi hijo en el colegio y después pasé por los cerezos en flor, maravillándome por su belleza, hasta que una figura me llamó la atención. Más adelante del camino que yo estaba recorriendo había una figura masculina que se encontraba apoyada en uno de los árboles a pocos pasos de mí.